

✓  
**PALABRAS PARA UN GRADO**

Por **FERNANDO GOMEZ MARTINEZ**

*(Discurso leído por su autor en el acto de entrega del título de doctor Honoris Causa en Filosofía y Letras al Excmo. Sr. Guillermo Escobar Vélez).*

Monseñor Guillermo Escobar Vélez hubiera deseado ser párroco. Así lo declaró durante un homenaje que se le tributó con motivo de su proclamación episcopal. Hijo de un agricultor, de esos viejos castellanos que honran a la estirpe antioqueña por su honradez, su laboriosidad y su modestia, y de una dama de claros talentos y virtudes, ellos le inculcaron la vida religiosa, y la parroquia, primera entidad eclesiástica que conoció de cerca en su patria chica, caló hondo en su mente y en su corazón. Ser párroco, he ahí su aspiración. Tener bajo su cuidado unos cuantos centenares de fieles, educar a los niños de la escuela en el temor de Dios, defender el pudor de las vírgenes, mantener la paz de los hogares, levantarse antes del alba para atender a sus feligreses, decir la misa por el pueblo y predicar la palabra divina al devoto auditorio; administrar los sacramentos, socorrer a los pobres, enterrar los muertos; hacer brillar como un ascua la iglesia parroquial, vivir pobremente, y rendirle, en fin, cuenta buena de su rebaño a Dios al término de la vida, tales eran las aspiraciones de Guillermo Escobar Vélez cuando hacía sus estudios en el seminario de Medellín.

Y qué buen párroco hubiera sido Monseñor Escobar Vélez. Feliz conglomerado aquel que fuera puesto bajo su paternal esmero. Pero la Iglesia impone, a veces, quemar etapas para aprovechar las capacidades de que aparecen dotados algunos de sus servidores, y Monseñor Escobar Vélez vio desvanecerse su aspiración de ser párroco. Porque primero en la vicerrectoría del Seminario Conciliar de la Arquidiócesis, después en la Dirección de la Sección de Bachillerato de la Universidad Pontificia Bolivariana, y finalmente en la plenitud del sacerdocio, como Obispo de Antioquia, fue llamado a más altos destinos en forma que su deseo de ser párroco lo convirtiera en tesón de dirigir párrocos de párrocos, de formar párrocos, como los ha formado y los está formando.

Ahora Monseñor Escobar Vélez recibe nueva distinción: el doctorado Honoris Causa, de esta Universidad.

En el Seminario era, según la costumbre de nombrar a los alumnos por el apellido, "el señor Escobar". "Un verdadero y genuino seminarista —dice un condiscípulo que escribió su semblanza— piadoso, aplicado a los estudios, respetuoso de sus superiores, afable con los compañeros, moderado, natural y culto en sus ademanes, digno en su trato, igual con todos, esmerado constantemente en el cultivo de la virtud y de la ciencia". Ser alumno así capacita para ser buen superior y tal lo demostró más tarde el Señor Escobar en los puestos directivos a que fue llamado. Pero, y esto es lo principal, constituye la mejor y la única preparación para allegar gracias y dignidad y subir al altar de Dios.

Ya como sacerdote, era "el Padre Guillermo". Investido de la dignidad, la ha sabido llevar no solamente como un título, sino como un compromiso de apostolado. En el sacerdocio no hay orgullo profesional sino conciencia profesional. Es un estado de gracia que se recibe con el Espíritu Santo. Apenas puede el lego entender lo que ha de sentir un hombre de verdadera vocación cuando recibe la potestad de enseñar, de administrar sacramentos, de consagrar y ofrecer el verdadero cuerpo y sangre de Cristo repitiendo el sacrificio del Calvario y transustanciando especies materiales sencillas en Dios. Noble y santa misión esta de ser ministro del Señor; alto honor, en fin, que según palabras del Apóstol nadie puede apropiarse "sino cuando es llamado como lo fue Aarón".

"El Padre Guillermo" seguía siendo para los estudiantes al frente de la Sección de Bachillerato de esta Universidad Pontificia. Allí era no solo el profesor erudito y disertado de palabra fácil y explicación clara, sino el director espiritual. Hortelano de excelencias, las almas juveniles verdécian y granaban en virtud y saber como las plantas en la huerta de su progenitor. Regábalas con su verbo, calentábalas con su afecto y su devoción, escudábalas con su vigilancia, atraíalas con su consejo y con su ejemplo. Como había sido buen alumno era buen superior. Suave en las admoniciones, pero exigente en la disciplina; natural y cariñoso en el trato, mas severo en la demanda del respeto que a todo superior se debe. Por eso, de cuanto lo querían y respetaban sus discípulos, dieron elocuentes muestras, con su entusiasmo, cuando la Santa Sede lo arrancó, esta es la palabra, del modesto cargo de maestro, al principado episcopal. Fue aquello una explosión de júbilo que compensaba el sentimiento de verlo retirado del magisterio. El magisterio del Padre Guillermo había sido un sacerdocio científico, así como el sacerdocio constituía un magisterio espiritual.

Hoy es "el Excelentísimo Señor Guillermo Escobar Vélez". Cómo lastimaba sus oídos este título de excelentísimo cuando se le hizo obispo. Parecía algo desmesurado y postizo. "El Señor Escobar", del Seminario, "el Padre Guillermo", de la vicerrectoría y de la Dirección de Bachillerato se ruborizaba interiormente cuando se le empezó a llamar Su Excelencia.

El Criador le dotó de uno de los más preciados dones y por eso mismo de los más escasos: el de la palabra, el cual exige especiales

cuales y condiciones. Porque bástale al científico su ciencia, al artista las cualidades para el ejercicio de su arte. Pero el orador es el que mayor número necesita y a veces las de otros artistas: ciencia por lo que tiene que decir, memoria para retenerlo, orden lógico para convencer, facilidad de expresión y espontaneidad para que aparezca sin artificio lo que dice, agradable tono de voz como el que canta, clara vocalización para que se le entienda, abundancia y elegancia de léxico porque la oratoria es arte de nobles palabras y musicales períodos como la poesía, elegante apostura como el actor. Y si se trata del orador sagrado, unción que se transparente, que atraiga, mueva y convenza. Y todo eso lo reúne Monseñor Escobar Vélez para la predicación, ya que él no quiere que se diga para la oratoria.

La humildad y la modestia adornan su vida privada y su persona. El se siente bien poco entre sus semejantes como individuo y como miembro de la sociedad. Pero aun a esta cualidad el sentido del decoro y la prestancia que deben acompañar la calidad de príncipe de la Iglesia, y en este particular sabe guardar la majestad de su cargo. Como Guillermo Escobar Vélez no exige nada. Como obispo demanda que se respete y se venere su investidura. La mitra que refulge sobre su cabeza no lo envanece personalmente, pero la porta como símbolo de un pontificado que conlleva respeto. Es así como ha manejado sus relaciones oficiales con las potestades civiles, a cuyos representantes tributa el debido acatamiento, pero de quienes exige también el que debe tributársele a su propia dignidad. Y no es una paradoja, sino una virtud difícil, saber guardar esa dualidad de la humildad con la dignidad, que algo se parece a la del gobernante que sabe ser suave sin dejar de ser firme.

Que es otra de sus cualidades como jerarca. Admírase en él aquella amalgama de virtudes aparentemente contrapuestas: la suavidad con la severidad, la mansedumbre con la firmeza. Tan real todo ello, que podría decirse de él lo que Plutarco de Catón, que lo acompañaba “una suma circunspección y gravedad, siendo inexorable en lo justo y recto y severo en hacer cumplir las órdenes que daba; de manera que nunca el mando de los romanos les fue a aquellos naturales ni más temible ni más grato”. Porque así como el militar, cuando es noble, debe matar sin odio, y el juez condenar sin pasión ni agrado, así el que manda debe hacerlo sin insolencia, sin aspereza, sin precipitación, pero con suavidad y firmeza.

Distínguelo también una laboriosidad que no conoce reposo y que sabe transmitir a sus colaboradores. Este hombre es incansable. La fatiga no se hizo para él. Diríase que la fatiga se cansa primero a sí misma cuando trata de hacerlo desfallecer. En el cumplimiento de sus deberes, además, no conoce ni el miedo, ni la prudencia. Tocóle en suerte —digámoslo con palabra profana— una de las regiones más cuajadas de dificultades y peligros, ya por sus condiciones físicas aspérrimas, ya por la situación social a que se vio sometida en épocas de horribles violencias. Y Monseñor Escobar recorrió el territorio de su diócesis unas veces por sobre vertiginosos derrumbaderos en actividades propias de su función administrativa y pastoral y otras buscando el contacto con quienes en bien poco tenían entonces el valor de una vi-

da o el respeto a la autoridad, ello para atraerlos al orden. Sus diocesanos lo han visto predicando, visitando a los pobres, buscando a los pecadores remisos, confesando hasta altas horas de la noche, atendiendo a las ceremonias que debe presidir, dictando cátedras en el seminario, despachando en su oficina episcopal, visitando todas las parroquias de su diócesis o acudiendo al gobierno en favor de las obras de interés comunal. Cifra su mayor empeño, como ya lo he dicho, en formar su clero, y por eso creó en Cañasgordas la Escuela Apostólica, seguro de que entre la feligresía campesina ha de encontrar insospechadas vocaciones. Y ahora se dedica a edificar el seminario diocesano para ajustarlo a las prescripciones dictadas por la respectiva congregación. En otra oportunidad hice alusión a una frase que acuñó para su defensa, como respuesta a los que, justamente, se alarman por esa actividad morbosamente divina que le absorbe todas las horas del día y le cercena las de la noche amenazando su salud: "El obispo es para el gasto". Qué cuentan para él cansancio y fatiga, el dulce farniente, o el peligro? Nada. "Después de mi vendrá otro", es cuanto dice.

Pero esa virtud que lo distingue y que debe distinguir a quien gobierna, ya que según la frase feliz de uno de nuestros presidentes, "gobernar es servir", tiene una particularidad que la hace más efectiva o eficiente, y es —según lo anuncié hace poco— que es transmisible. Porque el mejor gobernante, el mejor gerente, el mejor administrador, no es el que lo hace todo, sino quien hace trabajar también a los otros. La actividad de Monseñor Escobar es contagiosa. Es así como acude a quien pueda ayudarle en todos los órdenes de la actividad, y centuplica su propia labor. Su clero ha de trabajar al ritmo suyo, y por eso algunos de sus párrocos se destacan entre los mejores, y es así como muchos ciudadanos lo acompañan en su actividad. Y quién se ha de negar, si su petición es una orden dada con irresistible suavidad y si su ejemplo es como un imán poderoso al cual no se resiste?

Me doy cuenta de que estas palabras de elogio hieren los oídos de Monseñor Escobar. De la Sagrada Escritura aprendí que la alabanza de los vivos no es recomendable. Pero el doctorado Honoris Causa es un título que requiere una explicación y una justificación. No se otorga así no más sino en virtud de servicios eminentes y de virtudes reconocidas. Y la Universidad Pontificia Bolivariana quiere decir, por boca de uno de los suyos, que el honor que entraña este título es merecido por Monseñor Escobar Vélez, que fue uno de sus directores, uno de sus profesores, que es uno de sus servidores, y que desde su alto cargo se preocupa por que este instituto siga alcanzando los galardones a que está llamado. Y que es merecido y bien ganado el título que hoy se le concede confírmalo la Sagrada Congregación de Estudios de Seminarios y Universidades, que encontró válidas las razones que se adujeron al pedirlo, y reitéralo el Prefecto Cardenal Pizzardo, quien lo llama "en gran manera meritorio como profesor de la juventud en las disciplinas humanísticas y como educador en letras y artes".

Párroco frustrado, Monseñor Escobar Vélez es párroco de párrocos, maestro siempre, y de ahora en adelante doctor.